

LATIDOS DEL PIADOSO



Una filosofía del ministerio

KEITH E. KNAUSS

Dedicación

Para La exaltación del Salvador y
La motivación de sus siervos

TABLA DE CONTENIDO

TABLA	II
INTRODUCCIÓN	III
CAPITULO 1: <i>Llamamiento y Compulsión</i>	01
CAPITULO 2: <i>El Predicador y el Púlpito</i>	03
CAPITULO 3: <i>Carácter y Conducta</i>	07
CAPITULO 4: <i>La Predicación y la Oración</i>	09
CAPITULO 5: <i>La Carga y La Bendición</i>	11
CAPITULO 6: <i>Santo y Pecador</i>	13
CAPITULO 7: <i>Debilidad y Necesidades</i>	15
CAPITULO 8: <i>Desánimo y Depresión</i>	17
CAPITULO 9: <i>Peligros y Privilegios</i>	21
CAPITULO 10: <i>El Hombre y el Mensaje</i>	25
CAPITULO 11: <i>El Espíritu y el Éxito</i>	29
CAPITULO 12: <i>Polen y Predicación</i>	33
CAPITULO 13: <i>Libros y Ocupaciones</i>	35
CAPITULO 14: <i>Dedicación y Compromiso</i>	37
CAPITULO 15: <i>Entretenimiento y Exhortación</i>	39
CAPITULO 16: <i>El Asombro y la Palabra</i>	41
CAPITULO 17: <i>Compañera y Hogar</i>	43
CAPITULO 18: <i>Eerudito y Estudiante</i>	45
CAPITULO 19: <i>Consolador y Consejero</i>	49
CAPITULO 20: <i>Las Iglesias y el Cambio</i>	51
CAPITULO 21: <i>Vitalidad y Visión</i>	55
CAPITULO 22: <i>Presente y Perspectiva</i>	57

Introducción

Qué movimiento fue aquel cuando el bendito Espíritu Santo, movido por una compasión infinita, descendió y recogió en sus brazos a este mundo azotado por el pecado y lo revoloteaba con una carga indescriptible. La carga por un mundo moribundo no ha desaparecido, sino que se ha transmitido, en cierta medida, a aquellos que han sentido con fuerza el llamado de Dios sobre ellos.

Santos hombres de Dios han venido caminando encorvados bajo el peso inconmensurable de la Palabra Divina y de una Obra Exigente. Han venido atravesando el tumulto de sus tiempos, la voz de Uno clamando en el desierto. Tales hombres han sido declarados la escoria de un mundo indigna de ellos, derramando sobre sus propios corazones una carga repugnante de desprecio y condenación por su propia indignidad e ineptitud. Juan sintió tal indignidad personal mientras caminaba por el desierto señalando a los hombres al Cordero de Dios. Aquel evangelista vestido de cuero venía con el dulce sabor de la miel en la boca, pero con la autoridad divina en la voz; todo el tiempo confesándose indigno de siquiera inclinarse y desatar la correa de las sandalias de su Señor.

Grande es la carga de ese santo llamamiento y grandes son las consecuencias de descuidarlo. Es un incesante Getsemaní que asedia el corazón, la mente y el alma de quien tiene el privilegio de presentarse ante los hombres en lugar de Dios. Pablo experimentó esto y dijo: “Ay de mí si no predico el Evangelio”. El santo Alexander Whyte expresó ese temible sentimiento, cuando habló del tumulto del corazón del pastor: “¡Oh, hermanos míos, las oportunidades que nunca podrán ser redimidas de nuestros púlpitos; y la culpa duradera por Dios y de nuestro pueblo, y de nuestras propias conciencias, por el mal uso y el descuido de nuestros púlpitos! Roca de la eternidad, abierta tu por los ministros”

Que el bondadoso Espíritu Santo se complazca en tomar esta presentación de pensamientos recopilados de santos hombres de Dios, tanto del pasado como del presente, y captar su latido para nosotros. Que El considere apto avivar el fuego dentro de nuestros corazones y renovar nuestra determinación de magnificar nuestro oficio, de entregarnos a la obra de Dios, de trabajar a tiempo y fuera de tiempo, de hacer el bien y no ofender, para que tanto el ministerio como nosotros mismos seamos elevados por encima de todo reproche de hombres imparciales.

- Keith E. Knauss -

CAPÍTULO 1

Llamamiento y Compulsión

El llamado del Eterno debe resonar en los corredores del alma de un hombre tan claramente como el sonido de la campana de alarma de la mañana llama a los hombres a sus labores. Las circunstancias pueden ser diferentes, pero el llamado es igual de definitivo.

Allí está Amós, un pobre pastor, meditando profunda y solitariamente entre los escasos pastos de Tecoa. Le llegan rumores de oscuras acciones en los lugares altos. La riqueza engendra prodigalidad. El lujo produce insensibilidad. La injusticia es rampante. La verdad ha caído en las calles. Mientras Amós meditaba, “el fuego ardía”, y en aquellos páramos solitarios oyó un llamado misterioso y vio una mano que le llamaba. Para él no había alternativa. “Y el SEÑOR me tomó de tras el ganado, y díjome el SEÑOR: Ve, y profetiza a mi pueblo Israel.”

No podemos decir cómo nos llegará ese llamado, ni cuál será la manera de su llegada. Puede ser que el constreñimiento divino sea tan suave y gentil como una mirada. Puede ser que el constreñimiento se apoderará de nosotros con un agarre fuerte e invisible, como si estuviéramos bajo la custodia de una mano de hierro de la que no podemos escapar. Isaías escribió: “El SEÑOR me dijo de esta manera con mano fuerte”. El llamado de Dios se apoderó de Isaías con un fuerte apretón que lo aprisionó como un vicio. Fue arrastrado por la coacción divina. Como a Pablo, se le “impuso la necesidad”. Estaba en ataduras y debía obedecer.

Es dudoso que Dios considere algún llamamiento en la tierra como más elevado o sagrado que el del ministerio. Henry Ward Beecher dijo en una conferencia a los estudiantes de Yale: “Dios está a la puerta del vientre de la naturaleza y llama a los hombres a nacer. Cuando nace una cuarta parte del hombre, Él dice: ‘¡Hazte a un lado! Cuando nace la mitad del hombre, vuelve a decir: ‘¡Hazte a un lado! Cuando nacen las tres cuartas partes del hombre, Él sigue diciendo: ‘¡Hazte a un lado! Pero cuando nace un hombre entero, Dios dice: ‘Venid, ¡aquí está mi predicador!’”

Mira los títulos con los que Dios dignifica a Sus predicadores. Son llamados Mensajeros, Vigilantes, Obreros, Testigos, Maestros, Pastores, Evangelistas, Ministros, Mayordomos, Profetas, Embajadores, etc. Los ministros deben sentir la dignidad peculiar y la inconmensurable importancia de su trabajo y llamamiento, y magnificar su oficio y hacerlo honorable.

“Ni nadie toma para sí mismo esta honra, sino el que es llamado de Dios” (Hebreos 5:4). Ningún embajador se nombra a sí mismo para representar a su país en una corte extranjera. Es invitado por el Presidente, el Rey o el Emperador. Así, un hombre debe esperar el llamado de Dios para predicar. Un mero deseo de predicar por la respetabilidad del mismo, o por su publicidad o notoriedad, es simplemente despreciable. “¿cómo predicarán si no fueren enviados?”

Nuestro Señor no llamó a hijos del placer de manos suaves y dedos de lirio para anunciar su mensaje salvador. Bajó al mar y llamó a algún pescador bronceado y musculoso con manos callosas, acostumbrado a tirar de los remos en medio de las feroces tormentas de Genesaret. Dios llamó a hombres que eran hombres de verdad.

Piensa en Pablo. Puede que fuera pequeño de estatura, pero era enorme de corazón. Comprueba la asombrosa lista de cosas que soportó (I Cor. 11:23-28). Después de nombrar veintitrés experiencias increíbles, como si no fueran suficientes, Pablo añadió: “Además de esas cosas... ¡el cuidado de TODAS las iglesias”. Esa era una carga mayor que la que podría soportar cualquier caña sacudida por el viento. Sin embargo, con el peso de todas las iglesias sobre él, Pablo todavía tenía la vitalidad para recorrer lo largo de la Vía Appia hacia Roma con el fuego en sus ojos y la conquista en su alma, y convertirse en un terror tal para los malhechores que el diablo tuvo que matarlo para deshacerse de esa personalidad que todo lo conquistaba.

Piensa en ese hombre llamado Martín Lutero, cuyas palabras eran espadas ardientes, que pisó el campo de su época como un gigante acorazado, ¡el sonido de sus pisadas se oyó en Roma e hizo temblar a los papas! La influencia magnética de su vida magistral sigue marchando como un ejército con estandartes. Entonces, como siempre, Dios eligió con su mano a sus hombres, y ellos siguieron adelante con la impresionante conciencia del llamado y compulsión divinos.